

Algunas ideas sobre el Teatro Nacional

Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Complace que el cotarro se anime a propósito del teatro nacional y el mentidero literario de Lima —en el que no incluimos el venerable lanzado por mano anónima e irresponsable— diga y responda, confronte y especifique, en torno al estreno de "El Barquero y el Virrey". Nada más auspicioso y loable.

En nada interesa a la finalidad de crear la afición al teatro en el Perú hacer de él museo de vejez de mal gusto. Corpancho, como toda la generación romántica, artificiosa y chocarrera, no logró para la poesía ninguna conquista nueva, ninguna creación permanente, ningún fruto bello u original. Vivió él y toda aquella turba melenuda, del llanto embustero, de la patraña retórica y a costa de la poesía romántica española que nada significó en el magnífico y sentido Romanticismo europeo. El pobre Corpancho, dentro de la bohemia de su época, fué bien poca cosa y el "Oaya" escrito en su juventud fué un ensayo que no se atrevió a representar porque él mismo lo juzgó inconveniente. ¿Por qué, entonces, desaprovechar los esfuerzos hechos en pro de la reeducación del gusto del público limeño haciéndole espiar el candoroso e inflado drama juvenil, de Corpancho? ¿En vista sólo de un criterio de bibliofilia? ¿Como homenaje al demañado poeta romántico? El público ha dado su fallo: las funciones se han dado ante una veintena de espectadores somnolientos e incautos.

Cuando nos referimos a los actores, lo hicimos específicamente a su actuación en "El Barquero y el Virrey". Ratificamos nuestros juicios: Aquiles Guerreiro exageró la nota patriótica y gritó su papel con espectacular alarde; Elvira Tizón hizo la Elena retorcida en demasía, acentuó los

espectadores. Ellos impusieron "El Barquero y el Virrey" basados en el insuficiente principio de que un teatro "nacional" debía inaugurarse con una pieza "nacional", aunque esta fuera la peor de todas, como si el teatro tuviera nacionalidad conocida. Añadieron luego, como una concesión, una pieza de O'Neill, otra de Benavente y una última de Pirandello. Las tres, no las mejores de estos dramaturgos. Llenaron el programa con las dos piezas premiadas en el Concurso promovido



para efecto y añadieron, como medio de estímulo, las dos mencionadas en el fallo del jurado. Una de ellas, "De Una a Tres", de Del Pino, que hemos tenido oportunidad de hojear, será un rotundo fracaso porque además de pedantesca e insulsa, llena de expresiones cursis, carece de armadura teatral y es falta de toda elemental técnica. El jurado como el Consejo estaba formado por personas simplemente aficionadas sin las condiciones necesarias para señalar los méritos y aciertos dramáticos de las obras presentadas.

José Alfredo Hernández ha sonreído también al ver el día cinco en el Municipal el dramón de Corpancho. Hemos leído juntos. El juzga, en artículo publicado ayer en "Jornada", que no es para combatir con crítica severa el estreno de "El Barquero y el Virrey" aunque piensa que es una AVENTURA. Creemos como él que se trata de una aventura, pero estamos convencidos que las aventuras llevadas a cabo sin responsabilidad de sus consecuencias, a base de un "para ver como sale" —más todavía cuando si en ello van empeñados muchos soles, muchos esfuerzos, muchos sacrificios— son pueriles y merecen una advertencia clara, definida, honrada, sincera, sin tapujos ni cortapisas, más allá de la amistad personal que al crítico o al espectador unan a los que tienen en sus manos la realización de tales empresas.

"El Barquero y el Virrey" es la partida de defunción de toda la vieja literatura peruana. Ella como la historia nacional debe avergonzarnos. Hacer para lo futuro una obra digna y bella es deber de la juventud que se rebela contra el paisanaje, el regionalismo, las parentelas literarias y los entendimientos más o menos nacionalistas. El arte —y con él el teatro— es uno sólo. "El Barquero y el Virrey" pertenece a la papelería de lo que constituye la pre-literatura, la edad de piedra de nuestras letras. Por sus versos —ma recitados, peor— se sienten los palcos de las bozuelas neolíticas de los dinosaurios de la huachafaría.



caracteres desmadrados del personaje y anduvo con gestos de alquitara teatral; Julio Curionis molestó con una voz de laringe fría y monótona y estuvo timorato y rígido. Barbero trató de salvar el papel y nada más: se jugaba su prestigio.

¿De dónde provienen los males? Edmundo Barbero no ha tenido en sus manos la selección del elenco y el repertorio. Estas dos importantes funciones quedaron en manos del Consejo Nacional de Teatro integrado por gentes sin criterio teatral, sin experiencia ni siquiera de